



La escritura del fantasma: una posibilidad de vida en *La arquitectura del fantasma* de Héctor Libertella

Virginia Acha¹

UNC

acha.vir@gmail.com

Resumen: Si pensamos que la huella del escritor está sólo en la singularidad de su ausencia, es decir que a él le corresponde el papel del muerto en el juego de la escritura, como afirma Foucault y retoma Agamben, el autor no es más que ese gesto inexpressado de la obra, en el umbral en que la vida ha sido puesta en juego. Pero recordemos: jugada y no expresada. El lenguaje, como dispositivo, se resquebraja en ese intento. Ahí, el autor permanece incumplido, ilegible y, en la medida que permanece vacante, es posible leerlo a través de la emergencia del fantasma que habita la escritura, ese otro que escribe por mí, soporte del deseo. Como si hubiera, en ese punto, algo que no puede cancelarse ni siquiera con la muerte.

La arquitectura del fantasma (2006) de Héctor Libertella se presenta como una posibilidad de vida a través de esa escritura.

Palabras clave: Fantasma – Libertella – Autobiografía – Escritura

Abstract: If we think that the footprint of the writer is only in the uniqueness of his absence, meaning that he has the role of the dead in the game of writing, as Foucault says that Agamben returns, the author is simply that gesture unexpressed of the work, on the threshold that life has been put into play. But remember: gamble and unexpressed. Language, as a device, cracks in that attempt. There, the author remains unfulfilled, unreadable and, to the extent that remains vacant, it is possible to read through the emergence of phantasm that inhabits the writing, that other who writes for me, support of desire. As if any, at that point, something that can not be canceled or even death.

La arquitectura del fantasma (2006) of Hector Libertella is presented as a possibility of life through this writing.

Keywords: Phantasm – Libertella – Autobiography – Writing

¹**Virginia Acha** es estudiante de la Licenciatura en Letras Modernas de la Universidad Nacional de Córdoba. Actualmente desarrolla su tesina de grado sobre *Zettel* de Héctor Libertella, en el marco de las “escrituras del yo” y las teorías de la lectura-escritura. Es integrante del proyecto de investigación “Arte, escritura y pensamiento contemporáneos: experiencias, críticas y prácticas estéticas”, dirigido por Silvio Mattoni y Cecilia Pacella, en el Área de Letras del CIFYH



Sabemos por la tradición psicoanalítica a partir de Freud, que el término “fantasma” ha recorrido un derrotero repleto de ambigüedades y acepciones diferentes. No es mi propósito elucidar aquí si una es más certera que otra. Más bien, el abanico polisémico me ayudará a navegar en la posibilidad de incorporar, en el análisis que propongo, diferentes sentidos.

Tal vez sea justamente el fantasma, eso del orden de lo indeterminado, otra forma de lo inconmensurable. Pues por más que muchos afirman haber visto uno alguna vez, el lenguaje viene a resbalarse ahí donde, a pesar de una presunción rigurosa a cargo de la descripción, hay algo del orden de la experiencia que se presenta como intransferible. Si alguien me dice “¡He visto un fantasma!”, me limitaré a responder “¡Ahhh!”.

Tengo, además, la opción de creerle o no; pero, de ninguna manera, ese significante se corresponderá con la representación imaginaria que alguien puede hacerse del fantasma, a través de un relato.

Pero como éste no es un congreso sobre mística -aunque sería fatal si prescindiera de ella- sino de literatura, deberé atenerme a lo que a él se refiere y que tiene incidencia en la producción literaria. Y, aún más: como el eje temático propuesto me sugiere y especifica trataré, después de este rodeo introductorio, de abordar el enigmático fantasma en relación con las escrituras del yo. Me encargaré, en especial, de analizar la relación entre escritura y vida, situando al fantasma como una posibilidad inter-dicta en *La arquitectura del fantasma* de Héctor Libertella. Éste será el fantasma fundamental que nos atreveremos a cruzar.

La arquitectura del fantasma: Una autobiografía se publicó en el año 2006 de la mano de Santiago Arcos Editor. Libertella muere, desgraciadamente, mientras el libro se estaba terminando de imprimir. De este acontecimiento, no pueden no derivarse consecuencias e



interpretaciones. ¿Qué significa la aparición de esta “autobiografía” en el momento justo en que la desaparición física del cuerpo es absoluta y total? ¿Viene el libro, por fin, a sustituir la vida efímera de un escritor para eternizarse en la escritura de una voz que narra su destino final, ahora irreversible? ¿Será éste el instante preciso para conjurar al fantasma para que reaparezca con toda su fuerza, su vitalidad ineluctable, despojado y saturado de lo que ha sido, para merodear infinitamente alrededor de lo que ha cesado de escribir(se) y que, por eso, ya no cesará?

El subtítulo de la obra es, claramente, una provocación. O, tal vez, una empresa que ha fracasado por ser inútil, por la imposibilidad de despejar esas dos incógnitas que aparecen bajo el nombre de “autor” y “narrador”. La autobiografía se transfigura, decididamente, en autoficción, como podemos comprobar cuando leemos al final de sus páginas: “mejor dejar la autobiografía y dedicarse a la ficción, de verdad (a la ficción de verdad)” (Libertella 105).

La muerte ya emerge como un horizonte cercano, previsible, de quien narra esta historia, desde el epígrafe inicial: “Pensá en la muerte como un acontecimiento retrospectivo. Esa manera de irle pidiendo cosas al futuro para devolvérselas, al final, intactas. Como si uno no hubiera vivido.” El punto es que sí se ha vivido y, en ese sentido, hay algo para decir al final de ese recorrido: la (re)construcción, forjar la arquitectura, de quien decide seleccionar una serie de eventos como objetos de su narración. ¿Pero quién es el que ha transitado por esa vida? ¿El sujeto o su fantasma?

En todo caso, es el sujeto vaciado de sí mismo en el devenir-fantasma; fantasma que es, en sí mismo y como condición, vacío; una apariencia difusa. En la medida que el sujeto se ha ido vaciando, acosado por ese *horror vacui* que se origina como su persecutor, ha elegido llenar ese hueco con no pocas cosas.



En el capítulo que se titula “a”, presenciamos el origen del agujero:

¿Horror vacui? Cuando nací, el único volumen en la biblioteca de mis padres era un viejo diccionario impreso en 1917. El resto, un desierto. Había que escribir muchos libros para llenar el vacío de esos estantes, para tapar el hueco. Aunque sólo fueran muchos libros fantasmas para que el hueco siguiera ahí de cuerpo presente (Libertella 17).

Encontramos, en este pasaje, una casual correspondencia con el *objeto a* de Lacan, el objeto perdido causa del deseo. A continuación, se narra la génesis de la lecto-escritura a través de una cosmogonía que nos sugiere una explicación anclada en el complejo edípico: habría sido la madre, “una maestra calígrafa”, quien guiaba el pulso del niño para que “hiciera mil veces la letra a”.

Aparece, entonces, la opacidad del deseo, la intromisión del significante: la manía por la biblioteca, la obsesión por la reescritura continua y latente a través de toda la obra de Libertella. Patología que es, a su vez, juego con la letra, goce por medio de las palabras.

Pero el procedimiento lúdico implica una sustracción, un plus-valor, que es percibido por quien escribe y arroja, como un dardo hacia el aire, una confesión final de cómo esa obsesión se ha apoderado de él y que no dejará de sujetarlo hasta la disolución total: “Así que acá estoy, aislado desde hace ocho o nueve años reescribiendo y achicando simultáneamente doce libros y eliminando otros tantos. Rumbo al impalpable cero” (Libertella *La arquitectura* 105). El sujeto ahora sabe que, con la muerte, también algo cesa: su propia producción en y por la escritura. Pero eso es, para quien escribe, también otra posibilidad: es un alivio, un corte, con el continuo éxtasis y terror al que te somete la literatura. Del otro lado y sólo al final, “te espera sir John Gielgud con un chablis en la mano”.

Pensar el fantasma es, también, evaluar el alcance de una



problemática identitaria. ¿Quién escribe *La arquitectura*? ¿Quién es “yo” en este juego fantasmático? Una de las consideraciones que no debemos olvidar es que el fantasma es un guión, visual e imaginario en la concepción freudiana; con un énfasis particular sobre su función protectora ante la falta y como sostén del deseo del sujeto en su estructura significante, más específicamente en Lacan.

El fantasma libertelliano, en este caso, se caracteriza por su “virtualidad”, que se define por “lo que está siempre que no esté” (Libertella 24). En el intento de atrapar al fantasma, éste se borra, desaparece, porque es él mismo quien lo ha estado persiguiendo, con cautela. Justamente, porque el fantasma es en tanto no-esencia, como afirma Derrida en sus disquisiciones sobre el fantasma en *Espectros de Marx*.

Sin embargo, el yo que narra tiene una identidad que, en la versatilidad del texto, se muestra como algo que puede ser ficcionalizado; o bien, que se escapa en el intento de fijarlo en la escritura: “Exactamente como suelen ser las cosas en literatura: uno, uno mismo, siempre un poco entre paréntesis la identidad de uno mismo.” (Libertella 84). Es, al fin y al cabo, “un hombre siempre hipotético” (99), que está oculto por su carácter apócrifo: “Apokrypho (o apócrifo, entre nosotros) quiere decir 'yo oculto'. Y la literatura, sabemos, está llena de esa práctica donde no sé si oculto algo o si quedo yo oculto en esa práctica.” (22). No sería desatinado pensar que el que se oculta es el sujeto a favor del fantasma.

El proceso de escritura de *La arquitectura...* es una necesidad del Fantasma de ruptura: un quiebre de hábitos. En ese sentido, se da lugar a la emergencia de una vida nueva o *vita nova*. Es imprescindible nacer de nuevo para habitar la obra. Y, entonces, es otra posibilidad de vida a través de la escritura, un resurgir que precede al derrumbe. En la “Segunda carta a don Lorenzo García Vega”, leemos:

voy sintiendo que no tengo derecho a intervenir en mi propia vida. Así que avanzo con la sensación de que otro escribe este libro por mi.

Créeme: la cosa está. Ahora se hizo toda de ficción. Ahora mi personaje puede vender su verdad como si fuera mentira (Libertella 37).

El narrador libertelliano, ese yo conflictivo a lo largo de toda *La arquitectura...*, ha tomado la resolución de una metamorfosis: convertir(se) en un personaje; es decir, actor de escritura, de su propia escenificación de la vida en la obra. Se produce, así, un distanciamiento que es insoslayable, una descomposición de lo autobiográfico que opera a favor del proceso de ficcionalización literario.

La rivalidad entre vida y obra adquiere una resolución dialéctica, en palabras de Barthes: a saber, hacer de la vida una Obra. Y, en ese sentido, *persona*, *auctor*, *scriptor* y *scribens* interactúan en tensión permanente, en una disolución continua de roles desplegada por la escritura del propio yo.

El fantasma libertelliano no es unívoco, sino que habita en la medida que es una multiplicidad, una división del sujeto que se pulveriza. La expresión múltiple, como podemos comprobar en *La arquitectura...*, adquiere diversas manifestaciones o, si quisiéramos ser más precisos, varios sub-fantasmas. Éstos no son más que producto del carácter fragmentario del fantasma fundamental; fruto, también, de la experiencia. Así, a medida que leemos, el fantasma adquiere la silueta de padre, la función de hijo y hermano. Pero, simultáneamente, es profesor, editor y, sobre todo, escritor. Éste último se forja y constituye a partir de su reverso: un escritor joven que ha ganado el Premio Paidós a los veintitrés años; y, por otro lado, el escritor que ejerce, tiene el poder, de ser jurado de otros concursos, estar del “otro lado”.

El escritor es, además, un obrador, alguien que se performatiza como



constructor de la Obra. “El diseño inventa el producto. Una forma brusca de invertir las relaciones entre ornato y soporte. (De esto, los fundamentalistas de la arquitectura saben mucho” (Libertella 63). Si, como ya señalamos, el fantasma es un guión, un film con viñetas fijas, el *scriptor* queda despojado de su condición y se pone, manifiestamente, al servicio de la producción del texto.

A su vez, se va constituyendo el inventario de los libros que ha publicado durante su vida, como un intento de justificación y cómo, cada uno, se han inscripto de manera singular en su trayectoria. El deseo de literatura, de lo que sujeta a quien escribe, mantiene su fuerza en los argumentos sólidos, las búsquedas personales y la praxis misma que ha hecho posible la aparición de cada título de Héctor Libertella y que lo sostienen como alguien que, no quedaría lugar a dudas, forma parte de aquellos a los que llamamos escritores. ¿Es, en la lógica intermitente del deseo, que el fantasma y sus sub-fantasmas se exhiben para defender al sujeto, al hombre real, que si no fuera por esta escritura -y todas las anteriores- se tambalearía en cuanto a su oficio y correría, incluso, el peligro de su desaparición?

En este contexto, otra categoría planea no permanecer inmutable. A pesar de que *La arquitectura...* construye un mito de origen personal con la pretensión de exigir una progresión cronológica de sus acontecimientos a medida que la narración avanza, aunque siempre con fragmentos intercalados, comentarios y anécdotas que dan color al texto y se entretienen con la exposición, el tiempo deviene-otro en tanto que el bebé Libertella es -siempre lo ha sido- un bebé-viejo. Del oxímoron se desprende un desarreglo corporal, una implicancia que, a su vez, no es excluyente sino que conviven ahí, en un solo cuerpo, aquel que ha *experimentado* la vivencia. Este bebé-envejecido; luego, el niño precoz, y el estudiante que devora



materias en su tránsito por dos facultades, que corre una carrera porque algo lo viene acosando por detrás y tiene que adelantársele, aparece durante todo el libro como un signo que “controla”, vigila y deja huellas. No se trata de una cuestión de saber, sino de un “pathos universitario”, obsesión por el esquematismo. La preparación, desde incluso antes de nacer, de la vida metódica.

Pero esta vida metódica, que implica una gestión particular del tiempo, se vuelve difusa para la percepción del que escribe sobre sí mismo. La temporalidad se contrae, se distorsiona e, incluso, se anula por momentos, porque “el futuro ya fue”. El desconocimiento es operación del desarraigo existencialista por la pregunta sobre quién soy. “Hoy es el día exacto de mi cumpleaños, y no sé si estoy atrás o adelante de lo que escribo” (Libertella 75). Las efemérides es un acontecimiento que plantea esa posición ambigua en una fecha exacta: la interrogación por el dónde estoy mientras escribo esto.

De lo expuesto hasta ahora: ¿por qué, entonces, pensar la escritura del fantasma como una posibilidad de vida? ¿Se puede permanecer siempre-presente, al menos, en la propia escritura, en detrimento de la ausencia del autor?

Si pensamos que la huella del escritor está sólo en la singularidad de su ausencia, es decir que a él le corresponde el papel del muerto en el juego de la escritura, como afirma Foucault y que Agamben retoma, el autor no es más que ese gesto inexpresado de la obra, en el umbral en que la vida ha sido puesta en juego. Pero recordemos: jugada y no expresada. El lenguaje, como dispositivo, se resquebraja en ese intento. Ahí, el autor permanece incumplido, ilegible; y, en la medida que permanece vacante, es posible leerlo a través de la emergencia del fantasma que habita la escritura, ese otro que escribe por mí, soporte del deseo. Como si hubiera, en ese punto,



algo que no puede cancelarse ni siquiera con la muerte.

Quisiera, por último, dejar en claro que este trabajo no se ha propuesto, bajo ningún punto de vista, exorcizar al fantasma libertelliano. Más bien, se ha tratado de una invocación, para que se haga, hoy y aquí, presente entre nosotros.

Bibliografía

Agamben, Giorgio. “¿Qué es un dispositivo?”. En *Revista Sociológica*, número 73 (2001): pp. 249-264.

---. “El autor como gesto”. En *Profanaciones*. Barcelona: Anagrama, 2005.

Barthes, Roland. *El susurro del lenguaje*. Barcelona, Paidós, 1987.

---. “Sesión del 19 de enero de 1980” y “Sesión del 26 de enero de 1980”. *La preparación de la novela*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2005.

Damiani, Marcelo. *El efecto Libertella*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2010.

Derrida, Jacques. *La diseminación*. Madrid: Fundamentos, 1997.

---. *Espectros de Marx*. Madrid, Editorial Trotta, 1998.

Evans, Dylan. *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*. Buenos Aires: Paidós, 2010.

Giordano, Alberto. *Una posibilidad de vida. Escrituras íntimas*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2007.

---. *El giro autobiográfico de la literatura argentina actual*. Buenos Aires: Mansalva, 2008.

Lacan, Jacques. *La lógica del fantasma*. Buenos Aires: GAMA Producción Gráfica, 2003.

Laplanche, Jean & Pontalis, Jean-Bertrand. *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 2004.



Libertella, Héctor. *La arquitectura del fantasma. Un autobiografía*. Buenos Aires: Santiago Arcos, 2006.

Link, Daniel. *Fantasmas: imaginación y sociedad*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2009.

Littau, Karin. *Teorías de la lectura: libros, cuerpos y bibliomanía*. Buenos Aires: Manantial, 2008.

López, Silvana. "La autobiografía como fantasma en la estética de Héctor Libertella." *II Coloquio Internacional Escrituras del yo*. Universidad Nacional de Rosario: Centro de Estudios de Teoría Crítica y Literaria, Centro de Estudios de Literatura Argentina. Facultad de Humanidades y Artes, 2010.